

bia usado conmigo el espetado capitán y genizaro grave; con que se alegró mucho por oír el modo con que se lo pinté. Y como señor tan discreto y entendido, después de satisfacerme con premio la relación, no quiso que nadie se quejase de su justicia, y así me remitió al auditor general, á quien habiéndole yo informado de la mucha que tenía, y que mi capitán Holofernes eran sus bienes castrenses, móviles, y no raíces, y su persona portátil, le envió media docena de ministros audienceros á que lo hiciesen parecer á juicio ó le arrestasen en la misma posada, estando todos á su costa y pension en guardia de su persona. Llegué haciendo el oficio de Judas con los tres pares de alfileres con alma á la posada, y lo hallé lavándose las manos, siendo Pilatos los que venían por él, y el que había de ser sentenciado. Notificáronle el auto, que fué para su gusto peor que de Inquisición, y mirándome muy despacio con sus genizaros ojos y dándome el vos que dan los señores, me dijo que no dijese mal del día hasta que fuese pasado, porque aun había sol en Peral. En efecto, no pude decir mal del presente, porque fui satisfecho antes de ponerse. Dióme por vía de acuerdo veinte escudos, y echóme por vía de ronca mil amenazas. Vendí los cinco caballos en cien doblas, con que acrecenté el caudal y aligeré de costa; despedí los criados, porque solo los ha de tener quien tiene renta segura para sustentarlos, que para matarlos de hambre y traerlos desnudos, cualquiera se los tendrá.

Viéndome libre del capitán Faraon y de siete bocas polacas, que eran para mí las del Nilo en lo rápidas y borrascosas, me salí á espaciarme y á dar una vista á la ciudad y á dejarme ver. Y como iba hecho á lo de Bruselas y Viena, que todos me hablaban y todos me conocían, y en todas partes entraba y en las mas de ellas tenía provechos, extrañé el nuevo paseo, porque todos me miraban y nadie me hablaba, y en el poco tiempo que me detuve en aquella ciudad, si daba, lo recibían con buen humor, y si pedía, me daban esperanzas con buenas palabras; y así por las vísperas saqué los difuntos, echando de ver que no era mercancía la mía al uso de aquel estado, pues solo dos señores compraron y gustaron de ella, que fué don Fadrique Enriquez, gobernador del castillo de aquella ciudad, y don Vicente de Gonzaga, general de la caballería. Estos fueron los dos peregrinos en esta Jerusalem; pero mas vale pocos y buenos, pues cada uno de ellos me dió muchas doblas. Supe que mi amo no volvía á Italia, y que me aseguraban que se había de embarcar para Flándes, y viéndome sin amigos ni conocidos, ni tener parte donde divertirme ni entretenerme, dí en hacer visitas á costa de mi dinero y á darme á conocer á peso de mi caudal, y á cebarme en el juego en destrucción de mi bolsa, y sobre todo en tener amigos que solicitaban mi perdición. Y para concluir con mi suceso, digo que en solos dos meses que jugué como poderoso, que desperdicié como pródigo, que gasté como heredero de padre miserable, me quedé como en Viena cuando me obligó otro tal disparate como el presente á ir por la posta á

la corte del archiduque Leopoldo. Y porque en todo imitara este trance al otro, me despedí del marqués de Velada, de quien tuve, demás del pasaporte, con qué poder pasar el camino. Salí á boca de noche de la ciudad como gran señor ó como mercante de banco roto; metíme en la carroza que iba á Florencia, adonde nos hallamos una mezcla de todas yerbas, así de oficios como de naciones; porque iba en ella un judío de Venecia, un esmarchado milanés, que salía á cumplir diez años de destierro; una dama siciliana, que por ser antigua en aquella milicia iba á ser bisoña en la de Liorna; un fraile catalán, que iba á Roma á absolver de ciertas culpas, y un peregrino saboyardo, que iba á confesar algunos pecados reservados á su Santidad. Llegamos á Bolonia la Grasa, adonde nos detuvimos dos días, por ver el gran concurso de gente que se había juntado á ver efectuar las paces y publicarlas entre los príncipes de Italia. Al tercer día caminamos por las montañas de aquella ciudad, y en sus confines tuve en una posada una pendencia muy reñida de voces, y muy quieta de manos, por causa de ser el huésped tan alentado como yo. Fué la causa el pedirme la cantidad de seis bocales de vino de solo una comida: cosa tan fuera de la medida de mi barriga y de la quietud de mi cabeza, que me hacía patear ver tan manifiesto robo. Porque aunque es verdad que se han visto mis tripas con muchas mayores sumas, no ha sido quedando ellas secas, como de presente estaban, ni en la tranquila bonanza en que se hallaban, ni mi cabeza tan libre de vapores, ni el juicio de lúcidos intervalos, ni la lengua tan escasa de pelos y borrones. Mas, en efecto, vino á valer mas su mentira, por estar en su tierra, que mi verdad, por estar en la ajena, quedándome al cabo de todo yo con mis voces, y él con mis dineros; porque todos los países que son de confines, como este lo es, de diversidad de potentados, son los patrones de sus hosterías últimos fines de la sangre y sudor de los pobres pasajeros.

Llegamos á Florencia, que con justo título empieza su nombre en flor, por ser breve jazmin de las ciudades de Italia y nueva maravilla de Europa y antigua admiración del mundo. Cuando vi tan espaciosa calle empedrada de losas catedrales, los desperdicios de sobras de bastimentos en la llanura de sus insignes plazas, lo abastecida de carne y caza, la sobra de fruta y flores, y lo colmada de agua de olores y de vinos odoríferos, me quedé suspenso, imaginando que es poco curioso el que puede y tiene con qué ver esta ciudad, y lo deja por negligencia, y que no puede decir que ha tenido regalo cumplido quien no ha estado algun tiempo en ella. Y como cada uno se inclina á lo que mas apetece, yo me aficioné de tal suerte á sus vinos, que aun lloro el no poder gozar de su admirable y sustancial verdea. Parecióme que quien había visto esta ciudad, ni le faltaba mas que ver, ni que había mas que desear. Hice alto en ella, eligiéndola por mi corte, hasta tanto que supiese nuevas ciertas de mi amo. Y por curarme en salud, antes que me apretase el hambre, cosa jamás conocida en los que son prácticos en mi ofi-

cio, fui á visitar al príncipe Matías, hermano de su alteza de Toscana, ante cuya grandeza fui bien venido, quedando su alteza alegre, y yo contento, por haberme conocido en Alemania cuando hice el oficio de sacamuelas. Sin reparar en mi humilde sugeto, no pareciendo á los caballeros gorriones atrás referidos, sino á los príncipes de su valor y calidad, me introdujo con su alteza el gran Duque, su hermano; y después de haberle dado parte de las buenas que yo tenía y de las virtudes y propiedades que en mí concurrían, me alcanzó licencia para poderlo entrar á ver y hablar todas las veces que estuviere en la tabla. Pero después habiendo gozado de mi bureo y conociendo mi buen humor y habiendo sido informado de un sobrino de mi amo, llamado don Francisco Picolomini, gentil hombre de la cámara de su majestad cesárea y caballero del hábito de Santiago y capitán de su guardia alemana, de cómo había servido á su alteza serenísima el infante Cardenal y la gran entrada que había tenido con sus majestades cesáreas y con el rey de Polonia, me dió libre facultad para que lo entrase á ver á todas horas, y mandó que se me diese cuatrocientos escudos y todo aquello que necesitase para el sustento y adorno de mi persona todo el tiempo que yo gustase de servirle. Habiendo gozado algunos días de tan lucido tratamiento, me envié su hermano el príncipe cardenal Cárlos de Médicis, generalísimo de la mar, con un despacho de cartas á Liorna, adonde de presente se hallaba la marquesa de los Vélez aguardando orden y buenos temporales para embarcarse sobre cuatro galeras de su alteza de Toscana, para pasar con ellas á Sicilia, adonde estaba el marqués de los Vélez, su marido, por virey de aquel reino. Llegué á Liorna, y en virtud de los despachos que llevaba, salieron aquel mismo día las cuatro galeras con muy próspero viento, en las cuales me embarqué por orden que traía de su alteza, de ir entreteniendo á la marquesa hasta la ciudad de Nápoles. Llegamos á Puzol, cuatro millas de la dicha ciudad, adonde su excelencia el almirante de Castilla, que era virey de aquel reino, la salió á recibir y á ofrecerle su palacio y hacienda, suplicándole saltase en tierra para poderla servir y regalar. Y excusándose la Marquesa, por tener la mar en calma y el viento favorable, se despedieron los dos; y yo, por parecer persona de importancia, hice lo mismo, regalándome su excelencia, por haberla acompañado desde Liorna, con cien escudos de oro.

Acogíme á mi nuevo retiro de Nápoles, al cual hallé tan fértil y poderoso como lo había dejado; pero todos los amigos y conocidos y paraderos tan trocados, que me causó admiración y asombro. Fui á visitar la taberna principal del chorrillo, y halléla tan diferente y tan en bajo estado, que llegué á dudar si era aquella la misma que ser solía. Fui al cuartel de los españoles, el cual hallé tan desierto, que parecía sombra de aquello que había sido. Supe en él cómo todos mis camaradas, que se sustentaban de ser desfaceadores de tuertos y agravios de damas de alta guisa, de hacedores de pares y alborotadores de pendencias, estaban unos muertos

en desafíos, otros huidos, y otros en galeras; y otros ahorcados. Fui á entretener con las damas, donde acabé de ver la mayor mudanza que pueden contar las historias pasadas, porque las que dejó bisoñas estaban ya jubiladas, las que eran mozas y ollas las hallé viejas y coberteras, las que había dejado en el amago de la senectud las hallé pasando plaza de hechiceras y brujas, y primera, segunda y tercera vez subidas en azotea, y residentes en Corozain. Consideré cuán breve flor es la hermosura y con cuánta velocidad se pasa la juventud y cuán á la sorda se acerca la muerte y qué de mudanzas hay de un día para otro; por lo cual no me espanté de hallar en el tiempo de doce años que había que faltaba de aquella ciudad tanta variedad de mudanzas y tanta diversidad de acaecimientos, y mas en gente que vive muy de prisa y ellos mismos como la mariposa solicitan su fin. Hallándome tan solo adonde pensé andar muy acompañado de tantos amigos y camaradas viejos que había dejado, empecéme á pasear y á gastar conmigo lo que había de gastar con ellos. Buscaba la mejor fruta, solicitaba la mejor caza, gustaba los mejores vinos, y ordenaba en mi posada que estuviere la nieve siempre sobrada. Y teniendo noticia que se embarcaba para España el duque de Medina de las Torres, virey que ha sido de aquel reino, me fui al muelle y me embarqué en su misma galera; el cual, por la nueva conciencia, me hizo una burla, aunque ligera al parecer, muy pesada para mis costillas, pues no siendo yo nada liviano, hizo pasarme por toda la galera en el aire de mano en mano, como si fuera mi cuerpo un saco de paja, dándome después, para que se me apaciguara el susto del paloteado, una docena de doblas.

Tuvimos antes de llegar á Gaeta una razonable borrasca, y después de haberla pasado, llegamos á dar fondo en el ancho y espacioso muelle de Liorna. Despedíme del Duque, y saltando en tierra, tomé la posta para Florencia, adonde di parte á su alteza de toda la jornada y sucesos de ella. Estuve allí muchos días, teniéndolos todos buenos, y no pasando ninguno malo; pero como tenía voluntad de ir á España á buscar á mi amo, por parecer criado de ley, estaba con algun género de disgusto; y así me determiné de pedir licencia á su alteza, el cual me la dió y un razonable donativo con ella. Y después de haber hecho lo mismo con los príncipes sus hermanos, y recibido ofrendas como de tales manos, tomé el camino de Roma, para saber antes de partir á España en el estado que estaban mis hermanas, por haber infinidad de tiempo que no había tenido nuevas de ellas, que aunque es verdad que por mis grandes travesuras no me habían hecho ninguna amistad, al fin eran mi sangre y á quien deseaba todo bien. Al pasar por Siena, fui á visitar al arzobispo de ella, hermano del duque de Amalfi, mi señor, el cual, habiéndose enterado de toda la peregrinación de mi viaje y de los buenos servicios que había hecho y cuán importante era mi persona para la república de los palacios, mandó que me diesen, después de haberme regalado, cincuenta escudos y cartas de favor para



la ciudad de Nápoles. Agradecíle la merced, y proseguí mi camino.

Llegué á aquella cabeza de la cristiandad, á quien siempre he tenido en lugar de patria, por haberme criado en ella; me fui derecho á mi casa, la cual hallé en poder de segundo poseedor. Pregunté en ella á qué parte se habían mudado mis hermanas; y me respondieron que de esta vida á la otra. Sentí sus muertes como hermano, porque solo iba á verlas para hacerlas obras de tal, arrepentido de los disgustos que las había dado. Hice pesquisa para ver si me habían dejado por heredero, y supe que se habían casado y dejado hijos, con que me encomendé á la paciencia, y ahorré de lutos. Fuíme una mañana paseando á ver el cardenal Mattei, por haberlo conocido en la corte imperial estando por nuncio apostólico, en quien tuve un buen amparo y buena estrena. Hizo lo mismo conmigo el marqués Mattei, general de las armadas de su Santidad, á quien yo había comunicado y recibido merced en los estados de Flándes estando por coronel de la armada imperial, como atrás he referido. Fuí aquella misma mañana acompañando á un jardín que tiene extramuros de Roma, llamado la Navicella, que además de ser en hermosura un prodigio de naturaleza, es de los mas nombrados de la Europa, adonde excediendo la grandeza del dueño con la belleza de aquel palacio de la Floreda y alcázar de Amaltea, dió un banquete, que si no excedió á los que hicieron los emperadores de aquella corte, por lo menos pudo merecer nombre de competidor, y por lo mas eternizar la fama de tan generoso señor. Y como el Marqués tenía criados de todas naciones, conducidos de Flándes y de Alemania, y de su natural no son ranas, sino mosquitos, y aquel día todo anduvo sobrado, cargaron de tal manera con los demás criados de los convidados, que transformados en leones, se daban batallas campales unos con otros, sin atreverse nadie á meterlos en paz, por conocer de la suerte que estaban. Y habiendo yo salido harto mas cargado que todos ellos y mas valiente que un gato viéndose apretado sin recelar peligro, metí mano á la espada, y me puse en medio de ellos, sin saber á qué ni para qué, tirando á diestro y siniestro golpes, que los dejaba aturdidos; pero haciéndose todos una gavilla contra mí, sin respetarme por lobo mayor, me dió un tal revés en blanco, por ser de llano, que me hizo echar por la boca todo un tajo de tinto. Púsose toda la gente lacayuna en huida, pensando que me dejaban muerto; y yo creo que estaba en vísperas de ello. Empecé á grandes voces á pedir confesion; acertó á pasar allí un doctor de medicina, y llegándose á tomarme el pulso, viendo su grande alteracion y las bascas y trasudores y agonías que pasaba, sin informarse de la causa de mi accidente, mandó al jardinero que hiciese diligencia de buscar quien me confesara, porque tenía muy pocas horas de vida. El buen hombre, porque no muriera como un alarbe, estando en tierra cristiana, me trajo á grande priesa al capellan del Marqués, el cual así que vió el penitente se empezó á reir, por haberle dicho que un doc-

tor me había desahuciado, y queriendo ver la herida de que decían que procedía mi mal, me quitó el sombrero, y halló limpia la cabeza de sangre, y sin mas mácula que un pequeño burujon, causado del cintarazo que me habían dado. Preguntó á los que se habían hallado presentes á la pendencia que si tenía mas heridas que aquella; y habiéndole dicho que no, le dijo al jardinero: Si todas las veces que á este hombre le da este mal le hubiesen de confesar, fuera necesario que siempre llevase consigo un capellan; su enfermedad necesita de sueño; y así, hágalo retirar á un aposento, que yo salgo por fiador de su vida; y dígame al médico que lo desahució que esta dolencia, como es de herida y mordedura, compete á la cirugía, y que así no me espanto que haya errado, porque de acertar, anduviera contra el estilo de su profesion. Fuése á dar cuenta del suceso á todos aquellos señores, y el jardinero me metió en una sala baja, adonde me hallé á la mañana fuera del peligro y libre de todo mal. Despedime del jardinero, agradeciéndole la amistad que me había hecho en haber sido mi enfermero, y volviéndome á Roma, me avisaron unos conocidos antiguos de cómo un barchel había tenido noticia de mi llegada á aquella corte, y que andaba en mi seguimiento para prenderme por travesuras pasadas. Y por no verme en poder de justicia ni pagar pecados viejos, me fui á Ripa-Grande, y me embarqué en una faluca napolitana que hallé de partida, sin tener lugar de meter ninguna cosa de regalo para la embarcacion.

Salimos de Tiber con algun poco de trabajo al desembarcar en la playa; pero hechos al mar, ayudados de un viento fresco, tuvimos un próspero viaje. Había embarcado un gentilhombre romano, que iba en la dicha faluca, un medio tonel de vino, que por ser amable ó angelical, lo llevaba de presente á un amigo suyo napolitano; y tanto lo alabó y encareció un día, que me despertó la voluntad y me dió gana de beberlo á la noche; y aprovechándome de mis ardidés y trazas, llegando por la oscuridad de la presente á una cala, me arimé al dicho tonel, y fingiendo quedarme allí á dormir, me senté sobre un banco, y cuando eché de ver que todos estaban reposando, quitando el tapadero que llevaba á la parte de arriba con un reforzado cuchillo, y haciendo caballera á una pipa que llevaba para tomar tabaco en humo, pues sin ser verdugo le quité la cabeza de los hombros, me puse sobre la mia el ferruero, porque si alguno despertara no me cogiera con el hurto en las manos, teniendo en ella cubierto el rostro y tonel, y metiendo la pipa entre los cristales de aquel néctar suavísimo, empecé á chillar de tal suerte, que no sentí la frialdad del mar ni el rocío de la mañana. Con este alivio de tripas llegué á Nápoles, habiendo tenido siempre cuidado de volverlo á tapar bien, y de haberle hecho tales salvas, que á haber hallado ingenio con que poder alargar ó añadir la pipa del tabaco, hubiera llegado vacío, aunque si va á decir verdad, no llegó muy lleno. Desembarquéme en el Molo Picolo, adonde hallé que estaban veinte y cinco bajeles para hacer viaje á España á

llevar gente de guerra, levantada en aquel reino, de lo cual me holgué en extremo, por llevar en ellos asegurada mi persona y muebles. Embosquéme en aquel jardín de Italia y en aquel abreviado globo, gastando el tiempo que me detuve en él, hasta partir la armada, en oír comedias españolas é italianas, que son pasto del cuerpo y recreacion del alma. Entreteníame en ver en el largo del castillo la variedad de montañeses y charlatanes, la poca venta de sus badulaques y la gran multitud de sus arengas prosas y oyentes noveleros. A este tiempo se hicieron las honras por la muerte de la Reina nuestra señora; y en feudo de vasallaje puse este fúnebre epitafio en su real túmulo.

Este de lutos piélago eminente,  
Este de gradas Etna relevante,  
Este de luces Febo refulgente,  
Este de rayos Jupiter tonante,  
Este de llamas Faeton ardiente,  
Este de fuegos Icaro arrogante.  
Este de olores celestial consuelo,  
Este de voces querubin del cielo,  
Es túmulo real de una Belona,  
Es pira imperial de una hermosura,  
Es sepulcro feliz de una leona,  
Es urna angelical de una luz pura,  
Es triunfo de Isabel, de una amazona,  
Tan santa reina y celestial criatura,  
Que dejando en Madrid reliquias bellas,  
Al cielo se partió á pisar estrellas.

Iba de cuando en cuando á ver á su excelencia el almirante de Castilla, el cual me mandaba dar cien reales cada vez, como visita de doctor de cámara real. Favorecíame tambien el conde de Celano y el principe de Vifinero, por respeto del arzobispo de Siena y de don Tiberio Carrafa. Dí en tener mis devociones cotidianas y en visitar todas las estaciones de lo caro, por probar de todo y dar con lo que tenía en el lodo. Gastaba tan largo, que algunos que me conocían y otros que sin conocerme se me habían pegado, pensaban que habían muerto mis hermanas sin herederos y que venia de heredarlas; que tambien tienen sus pegatostes los gentilhombres de la bufa, como los generales y sus tenientes. Pasó de tal suerte la fama de mi ostentacion y gasto, que se enamoró de mí de solamente oidas una cortesana recien venida, de razonable cara, pocos años, y menos galas, que con esto se echará de ver de la suerte que anda el mundo, la cual me dijo, llegándola á ver, que se había inclinado á mi persona, y no á mi dinero. Y aunque me pareció milagro en mujer de tal porte, me persuadí tanto cuanto á que podia ser verdad; porque tiene tanta fuerza y virtud la fama del generoso, que además de ser iman de sus potencias y sentidos, se lleva tras sí las gentes, piedras, animales y plantas, como el músico de Tracia. Y de justa ley y razon se les había de llevar tras sí el que es miserable; á las gentes para escarnecerle, las piedras para apedrearlo, las fieras para que lo despedazasen, y las plantas para hacerlo chicharron. Yo, escarmentado del trato de tales damas, y no en cabeza ajena, sino en la mia propia, me quise excusar, por estimar mas morir gustando vinos de taberna que vivir probando acibares de celos; pero al fin no me pude resistir, porque me convirtió,

N-II.

siendo pecadora, con decirme que no queria de mí otra cosa mas de que comiese y callase y que sirviese de mozo de ciego en adestrar boquimuelles y en encaimarla contribuyentes. Yo, por probar si aquella mujer era de otra masa que las demás de su profesion, pues no trataba de pelarme, sabiendo que tenía copia de plumas, aceté la conveniencia con todos los pactos y capitulaciones que me pedia, y desde aquel mismo dia me iba á las casas de conversacion, y en entrando en materia de damas, aseguraba que no había otra como la referida, ni de mejores partos ni de mayor aseo, ni de mas buena conversacion; y de tal manera la alababa, que provocaba á muchos de los oyentes á pedirme que los llevase á su casa, ó á irse ellos solos, por no dar á entender su pasion; y con lo que mas los incitaba era con decir que no era cosa mia, sino que la había oido alabar á todos los señores adonde yo tenía entrada, y que había ido con algunos de ellos á visitarla, y me constaba le habían dado muchas dádivas y regalos, y que había mas de dos muy picados. Con esta flor, en tiempo de dos meses llegó á estar tan bien puesta y se halló tan pretendida y festejada, que no mirando que la hallé en paños humildes y que la había adquirido galas, porque aun para ser una mujer mala ha menester caudal, para que pareciese lo que yo publicaba, y que me debía el verse en tanta altura, por los testimonios que le había levantado, me dijo una tarde que me recatase de entrar en su casa, y que si me pudiera excusar de no entrar en ella, lo tendria á favor, porque una enemiga suya, habiendo aquel día tenido una pendencia con ella, la había llamado de bufona, y que si los galanes lo llegasen á entender, corriamos los dos muy gran peligro, y ella perderia mucha reputacion. Yo, no pudiendo llevar en paciencia tantos puteriones y desagradecimientos, alcé la mano y dile un par de tamboriladas, que no se las dió mejores el obispo que la confirmó, y haciendo del rufian, le dije: Dile á tus bravos que me las vengan á pedir, que Estebanillo Gonzalez me llamo por mar y tierra, medio gallego, y medio romano; y echando estas y otras roncadas, me salí á la calle empuñando la espada y calando el sombrero; y ella disimulando, por no publicar su agravio, me dijo que aunque se echara con un negro con una jeta de un jeme, me había de hacer cortar la cara. Y aunque le dí á entender no hacer caso de toda una armada, fué tanto el miedo que concibí, que cada instante me atentaba el rostro por ver si lo tenía rabanado, y á cada paso lo volvía atrás para mirar si venia algun galan suyo en mi seguimiento ó si salia la criada á tomar la demanda; que pienso que segun yo iba y segun mis brios, bastara ella á dejarla vengada. Y desde entonces, en viendo un negro, me aparto media legua de él, porque temo no venga de su parte á cumplir el favor que me prometió.

Fuí hecho una basura de temor á buscar un par de valientes de los de la fama, de quien poderme amparar; y hallé dos que me dejaron sin ella, porque quien no tiene dinero, ¿qué fama puede tener? Estos tales, por dos desventuradas bofetadas que había dado, le dieron mas



de doscientos venturosos bofetones á mi bolsa. Declarélos todo el suceso, y ellos, encareciendo el atrevimiento y exagerando el riesgo, me llevaron á hacer consulta del remedio á la audiencia de una taberna, y despues de haber hojeada los Bártolos de media docena de platos y los Baldos de una docena de garrafas, me pidieron cuatro de á ocho para gastar en espías y informarse con todo secreto de la agraviada y de su sirvienta, si se habia querellado á algun galán suyo; y asimismo para andar en seguimiento de los que la entraban á visitar, para ver si en saliendo de su casa venian en busca de la mia. En conclusion, cada día me daban avisos falsos con personas echadizas de que habia dado cincuenta escudos á unos esmarchazos del país para que me dividiesen la facha ó me faciasen; y cada día se me agregaban mas valientes para andar en busca de ellos, haciéndome contribuyente de todos por persuadirme que por sus respetos y por saber que era camarada de tantos hombres honrados, no se atrevian á ofenderme, y que me convenia andar de día con escolta, y á boca de sorna con patrulla, siendo todo una mentira y embeleo y una pública estafa. Tuve suerte de encontrar una tarde á la criada de la parte ofendida, á la cual, por ir cercado de tanta valentía, me atreví á llegar á hablarla, no diciéndoles quién era; y dándole quejas del rigor de su ama en pagar á quien me matase, habiéndole hecho tantos servicios, me aseguró con todos mil juramentos que aun no le habia pasado tal por la imaginacion, y antes estaba muy arrepentida de lo que me habia dicho, y muy pesadosa porque no habia vuelto á su casa; porque despues que la habia dejado, tenia muy pocas visitas ó ningunas; y que para que mas me satisficiera de la voluntad que me tenia, que leyese aquel billete que traia, con el cual habia mas de una semana que me andaba buscando para dármele, y que la respuesta fuese el ir yo mismo á desenojarla, porque seria bien recibido; y que ella, aunque pobre criada, salia por fiadora de cualquiera riesgo ó daño que sobre aquel particular me viniese. Recibí el papel, y dándole entero crédito á la pucheril embajadora, le di un real de á ocho para alfileres por la buena nueva que me habia dado; y prometiéndole que haria lo que su señora me mandaba, me despedí de ella, y ocultando el billete, me volví al corrillo, adonde me esperaban. Fuí con ellos á palacio, dándome por desentendido de la picardía que conmigo habian usado, pues me habian hecho sentir mas el miedo que habia tenido que no el dinero que habia gastado. Llegamos al cuerpo de guardia, y diciéndoles que me aguardasen, que subia á hablar á su excelencia, me aparté para siempre jamás de aquella cuadrilla de pretendientes de galeras y solicitadores de horcas. Paréme en las escaleras á leer el papel de mi bien costosa dama, el cual decia de esta forma:

«Señor gallego romano, Hombre de chanzas y burlas, Que ha probado todos bodrios, Y campado de garulla;	Con mas flores que verano, Y mas conchas que tortuga; «Postillon de Alcalá á Húete, Gentilhombre de la bufa, Residente de bodegos, Y asistente de bayucas;
«Mas raído que bayeta, Mas descollado que grulla,	

«¿Cómo, ingratonazo amante,  
Despues de darme una zurra,  
Y jugar de carambola  
Con cuatro mil garutusas,  
«Has dejado á tu carrasca,  
Quizá por buscar currascas  
Y por chamuscarme en celos,  
O te guñas ó te afufas?

«Tortollita me contempla,  
Que en lugar de llanto arrulla,  
Por saber que aquesa flor  
Es del berro ó la de Osuna.  
«Vuelve á casa, pan perdido,  
Pues me tienes vagamunda,  
Que tu persona apetezco,  
Y renuncio tu pecunia.»

No me pesó nada de ver los versos, aunque por ellos me trataba como quien soy y como quien su merced era, porque al fin me satisfacía mas de lo que la criada me habia asegurado. Y entrándome á visitar á su excelencia y coger los ciento del pico, no salí de palacio hasta el cuarto del alba, haciendo á mis valientes estar toda la noche á oscuras y sin cenar y aguardándome al sereno. De allí adelante di en no entrar en cuartel y de no salir de los palacios de los señores, hallando por mi cuenta que si durara un mes mas el andar en la compañía que andaba sustentando el ejército de vagamundos que cargó sobre mis hombros, que me fuera forzo volver á ejercitar mis antiguos oficios ó sentar plaza de soldado. Porque ha llegado á tal estado la malicia, que ya no hay descuidada madre que en reconociendo las faltas de su hija y sobras de nietos de diferentes padres, como quesos de muchas leches, no se consuele con decir que no le faltará á su cordera un soldado con quien casarla: el negro del llanto es que se vienen á cumplir sus no santas profecías. No hay hombre, por bajo y humilde que sea, que en viéndose que por sus defectos no cabe en el mundo ó que no halla quien le dé un bocado de pan, que luego no se acoja á la inmunidad de estesagrado. Ya un apenas los tales han sentado la plaza, cuando todos quieren ser parejos con los demás que nacieron con obligaciones, á los cuales los suelo yo decir con la preeminencia de mi chanza que membrillos cocidos y caracoles crudos no son todos unos. Dejéme la tropa de caimanes tan remontado de cuentas, que llegándose el tiempo de la embarcacion, hubo menester vender parte de mi retámara. Y por no parecer ingrato á mi abofeteada cortesana ni faltar á la correspondencia que debe tener una persona de mi autoridad, le respondí á su billete el romance siguiente:

«Madama doña embeleo,  
Mas lamida que alcuzcuz,  
Mas probada que piñata,  
Mas chupada que orozuz;  
«Mas batida que una estrada,  
Mas navegada que el Sur,  
Mas combatida que Rodas,  
Mas gananciosa que un flux;  
«Tan Circe de los novatos,  
Que con saber que eres pu-  
Silánique pecadora,  
Te hacen todos rendibí;  
«Garitera perdurable  
Del juego del dingandux,  
Tarasca de las meriendas,  
Y del dinero avestruz;  
«Ya no hay Bras, ni hay pan perdido,  
Que á tu gran ingratitud  
Le he cantado ya el per omnia,  
Despues de hacerle la cruz.  
«Solo estoy arrepentido  
De que te hice la buz  
Y de haberme zambullido  
Por lastre de tu laud.»

«Adios te queda, que parto  
A ver á Calatayud,  
Por no ser de tu galera  
El forzado de Dragud.»

Cerré el papel, y dándosele á un vinatero conocido mio, se lo puso en sus manos, saliendo sin aguardar respuesta como lo habia ordenado. Fuíme á embarcar, por haber tirado la capitana pieza de leva. Hice llevar mi baul, observando el adagio que dice: Al embarcar el primero, y á desembarcar el postrero; metilo á lo príncipe en la popa de la capitana, llevando para el matalotaje del largo camino veinte frascos de vino y veinte sardinas saladas y diez panecillos bizcochados y otras menudencias de regalos de dulces, para quitar el amargor de la boca despues de las grandes polvaredas. Iba el armada naval llena de infantería y caballería, levantada en aquel reino para rehacer con ella los ejércitos de España, y por cabo de toda ella don Pedro de Arellano, caballero de la órden de Santiago, llevando en la capitana, demás de mi persona, á muchos caballeros y señores particulares, y particularmente á don Melchor de Borja, general de las galeras del dicho reino, y un obispo de la órden del seráfico Francisco y al reverendísimo padre fray Juan de Nápoles, general de la dicha religion en la provincia de España, y otros muchos frailes que iban á ella á capítulo general que de presente se hacia. Partimos de Nápoles con viento en popa y mar en bonanza, dejando llena la amenidad de aquella playa de madres que lamentaban por sus hijos, y casadas que lloraban por sus maridos, y de solteras que suspiraban por sus amantes. Entremetíme con todos los señores, y por haberme encomendado el Virey al general, tenia particular cuidado con mi persona; que si como he tenido ventura con señores, la hubiera tenido en armas y en amores, quedara inmortalizado entre los varones heroicos y entre los amantes de renombre; pero las armas me han desmayado el corazon, y las damas me han afligido las bolsas. Llevábamos ocho cocineros, que trataban de nuestro regalo, y sirviendo yo de sobrestante de todos, abastecía la mesa y comia de lo mas sazonado. Bebia tan sin compás, que siempre servia de lio en la popa, ó de estorbo en la proa; por cuya razon los soldados unas veces me despojaban sin ser enemigos, y otras me daban humazo sin ser atalaya, y otras me punzaban con alfileres sin ser morcilla; llegando á tal extremo sus desenvolturas y mis bien quejados agravios, que mandó el general que pena de estar seis horas de cabeza en el cepo quien me llegase á hacer mal ni inquietase mi perdurable reposo, y para mayor defensa mandó que me pusiesen un soldado de posta cuando á no poder mas me reclinaran los vapores y me atarquinara el sueño.

Llegamos á dar fondo á la isla de Mallorca, reino muy fuerte y abastecido, y sobre todo muy barato, y ilustrado de mucha nobleza. Salté una mañana en tierra, y por desechar los frios humores marinos, tomé tal lobo terrestre de aguardiente, que excedí á mi retador polaco en tercio y quinto; y al salirme á tomar el aire, por desistir el gran bochorno, salió la aguardentera tras

mí pidiéndome la paga de lo que habia bebido. Yo, sin respetar sus tocas, pareciéndome que era algun animal que me servia de estorbo á mi camino, le di tal envion, que le hice á su despecho sentarse en tierra. Levantóse como vibora pisada, y cerrando conmigo, me dió tal puñetazo en la barriga, que me provocó á restituírle por la boca toda su aguardiente, dándole con él un baño, que la cubrí de arriba abajo. Ella, hallándose afligida, comenzó á dar voces y llorar su vestido, mientras yo con bascas mortales tomé posesion de siete piés de nuestra comun madre. A este tiempo acertó á pasar el general, y compadecido de verme rendido y lastimado de oír, aunque de léjos, á la remojada aguardentera, mandó que se le diese á ella un patacon, y que á mí me llevasen los marineros á su capitana, donde fué menester para entrar en ella virarme con el cabrestante, porque mas puede y pesa un lobo racional que no dos irracionales. Salimos aquella tarde de aquel puerto, y al cabo de doce días que habiamos partido de Nápoles, llegamos á dar vista á la deseada España, sin haber encontrado en todo el camino ni enemigos que nos perturbasen ni tormenta que nos inquietase, atribuyéndolo todos, despues de la voluntad del cielo, á la ventura del general; pues habiendo hecho otros tres viajes, siempre habia llegado á salvamento; que no consiste en solo tener valor el que gobierna, sino en tener dicha para conseguir sus resoluciones.

## CAPITULO XII.

En que prosigue su llegada á España, y de dos ridículos casos que le sucedieron con una moza de posadas y un moderno ingeniero; de la merced que le hizo su real majestad, y de un nuevo galanteo que le sucedió en ella, y de los demás acaecimientos que tuvo hasta llegar á San Sebastian.

Desembarquéme en Vinaroz con todos los señores que iban en aquella armada, y la gente de guerra fué á desembarcar á los alfaques de Tortosa. Púsose en camino de Zaragoza don Melchor de Borja, y yo, por ahorrar de gasto y triunfar á costa ajena, lo fui acompañando, y por ser el viaje que yo habia de hacer. Llegamos en el fin de una jornada á una villa llamada Híjar, que está en el reino de Aragon, y entrando en una de sus mejores posadas, por hacer frío, me fuí derecho á la cocina; y hallando en ella una adamadilla fregona, olvidado del uso de la tierra, le tomé una mano y se la besé, y ella, corrida de que le tratase como á padre de confesion ó como á misa cántano, alzó un trapo de cocina, y dióme tal golpe con él en medio de la cara, que me quitó el sitio de todo el cuerpo; y al tiempo que trataba de desagraviarme y de armar la fullona, me hallé cercado de toda la familia, cerrando de tal suerte con el pobre Estebanillo, que si no acuden al socorro los criados de don Melchor de Borja, vengo á morir de achaque de un beso. Sacáronme de poder de aquella caterva, y viéndome libre de ellos, empecé á decir á grandes voces: ¡Oh bien haya dos mil veces Flándes, y dichoso y bienaventurado quien vive en él, pues allí con la mayor llaneza y sencillez del mundo se apalpa, se